

en eso. — ¿Quiere Vd. que le preste libros? — Con mucho gusto entre tanto que me traen mi muñeca... — Pues bien, voy á darle á Vd. *las Conversaciones de Emilia y el Amigo de los niños*<sup>1</sup>.

Al acabar de decir esto Enriqueta tomó en su librería el *Amigo de los niños*, y se lo dió á Delfina, que lo recibió con bastante indiferencia : de allí á poco la condujo madama Steinhausse al establo, en donde dejándola con Cató le dijo volvería dentro de dos ó tres horas.

Mirando la Marquesa á su reloj y viendo que eran las diez se levantó ; y aunque los niños embelesados con la historia de Delfina hubieran deseado prolongar la velada, no hubo remedio, y se fueron á acostar. Al día siguiente Carolina y Pulqueria pidieron á Victoria les enseñase á hacer punto de malla, con la mira de estar en estado de hacer la red que en el mes de Abril serviría para coger todas las mariposas de Champeery. César por su parte se informaba muy por menor del modo con que se podría construir con solidez y á poca costa un escaparate pequeño todo de vidrios. Morél, su lacayo, le dió sobre este punto las noticias que deseaba. Mr. Fremont le regaló el *Espectáculo de la Naturaleza*, siendo la lectura de esta obra el recreo de la tarde. Estas diversiones en nada amortiguaron el deseo que se tenía de saber el fin de la historia de Delfina, y llegada la hora de la tercera velada, continuó la Marquesa de este modo :

Sola en su establo con Cató, y no teniendo juguetes, quiso Delfina buscar en el *Amigo de los niños* un recurso contra la tristeza ; abrió este libro casi maquinalmente, y se puso á leer : á poco que hubo leído la interesó y fijó su atención. Comprendió admirada como la lectura puede suplir por otras muchas diversiones. Estando embebida en estas reflexiones oyó llamar á la puerta del establo. Cató fué á abrir, y Delfina vió entrar una anciana labradora, guiada por una muchacha de quince á diez y seis años, que preguntó á Delfina si era la hija del Doctor Steinhausse. No, respondió Delfina, pero no tardará en venir ; al oír esto la anciana suplicó que se le permitiese esperar á Enriqueta, porque, añadió, me es preciso hablarle : en este instante reparó Delfina que la aldeana era ciega, y le preguntó si venía con intento de consultar al Doctor Steinhausse. Sí, señora, respondió, pero no hubiera yo venido por mí misma ; la

<sup>1</sup> Acabamos de hacer una edición ilustrada del *Amigo de los niños*, de M. Berquin, obra muy útil y agradable.

señorita Enriqueta me ha enviado á buscar... — ¿Cómo es eso?... Á esta pregunta satisfizo la buena vieja, refiriendo que vivía en Franconville, que hacia tres años que había cegado, lo que le era muy sensible, no tanto por sí misma, como á causa de que á su nieta Aguedita (la misma que la guiaba) la amaba en extremo un rico labrador del lugar de Enriqueta, pero que Águeda no se quería casar con él, porque decía que una vez casada y encargada del por-menor de un menaje no podría cuidar á su abuelita ciega, hacerle compañía, servirla y guiarla á todas partes, y que no quería fiar este cuidado á una criada. Á esto añadió Águeda que era muy natural el pensar de este modo, porque habiendo quedado sin padre ni madre desde muy niña, su abuela la había criado. Y esta es la causa, añadió la abuela, por que esta hija de mi alma no me quiere abandonar. La señorita Enriqueta ha sabido esto, y me ha enviado á buscar á fin de que consulte á su padre, que ha curado á no sé que tantos que no veían gota.

Al acabar estas palabras llegó Enriqueta : abrazó con el mayor afecto á la abuela y á la nieta : les hizo varias preguntas con mucho agrado, y escuchaba sus respuestas con ternura ; y despues tomando á la buena vieja por la mano, le dijo : Venga Vd. á ver á papá, que acaba de llegar de Paris. Diciendo esto Enriqueta le obligó á apoyarse sobre su brazo, y agarrando con la otra mano á la niet salió del establo.

Esta escena hizo mucha impresion en Delfina ; jamas le había parecido Enriqueta tan amable y preciosa ; se acordaba con sumo gozo de sus razones con las dos aldeanas, y sobre todo de la expresion que tenía entónces su semblante. Este recuerdo representándosela con los mas graciosos coloridos, aumentaba la inclinacion que le tenía, y le inspiraba un deseo de imitarla que nunca había sentido.

Al cabo de un cuarto de hora volvió Enriqueta fuera de sí de alegría : ¡ Qué dichosa soy, dijo á Delfina, de haber tenido el pensamiento de que esta buena mujer viniese ! Mi padre asegura que la curará : de aquí á ocho dias la hará la operacion de las cataratas, y me ha prometido que hasta que esté perfectamente curada no saldrá de casa : imagínese Vd. qué grande es mi gozo, continuó Enriqueta ; luego que esta mujer vea, su nieta podrá casarse con el labrador que la pretende, puesto que la abuela no habrá menester quien la

guie; de este modo el amor que le tiene Águeda no le costará el sacrificio del casamiento mas ventajoso que puede hacer. — ¡Ah querida Enriqueta mia, exclamó Delfina enternecida, veo en efecto qué dichosa es Vd., y conozco que lo merece!

El Doctor y su mujer, que entraron á este tiempo, interrumpieron la conversacion. El Doctor preguntó á la enferma cómo se hallaba: Mucho mejor, respondió esta; estoy algo cansada de haber corrido, pero este cansancio no me entristece como me sucedía en Paris cuando volvia de los bailes ó de la ópera. No lo extraño, dijo el Doctor sonriéndose, las fatigas de Paris causan calenturas; y las del campo abren las ganas de comer, hacen dormir bien, y son causa de los colores que ve Vd. tiene Enriqueta. Despues de estas palabras el Doctor le tomó el pulso, y le mandó seguir el mismo régimen hasta nueva orden.

Aquel mismo dia tuvo Delfina carta de su madre, se la enseñó á Enriqueta, la que de allí á un instante salió, y volviendo con recado de escribir le dijo: Aquí tiene Vd. con que responder á la señora su madre... Al oír esto Delfina se puso colorada, y bajando los ojos dijo: ¡Pero si no sé escribir! — ¿Cómo, replicó Enriqueta, nada, nada?... — Formo algunas letras grandes, y nada mas. Pesarosa Enriqueta de ver á Delfina avergonzada, le dijo: No es extraño que habiendo estado mala hace ya dos años no haya Vd. aprendido á escribir; pero ahora que está Vd. buena, podia con facilidad recuperar lo perdido... — Mucho me alegrara yo, por ejemplo, si alguno aquí me quisiese enseñar... — Mi letra no es muy mala, y si Vd. gusta yo la enseñaré. Solo respondió á esto Delfina dándole un estrecho abrazo, y se convino que la primera leccion sería al dia siguiente.

Ya empezaba Delfina á avergonzarse de su mucha ignorancia. Amaba y admiraba á Enriqueta, y esta se servia de esta especie de ascendiente para inducirla á estar ocupada y á instruirse: ofreciale tan buen ejemplo, y parecia estar siempre tan gustosa, que Delfina no podia resistir al deseo de imitarla; ademas hallaba en su trato y en el de su madre un agrado que cada dia la interesaba mas: unas veces madama Steinhausse le hablaba de Botánica, de Mineralogía, ó bien le referia algun paso de historia: otras veces le hablaba de la Alemania; de los establecimientos útiles y curiosidades que se hallan en Viena; de las magníficas colecciones de pinturas que se

ven en Dresde y en Dusseldorf; de diversos y hermosos jardines, y entre ellos el de Neuvaldek ó de Ornback en el Austria; el de Swetsingue, á cuatro leguas de Maneheim, que contiene una hermosa casa de baños, una magnífica ruina de un castillo de aguas, un templo de Apolo, una soberbia mezquita, y un sinnúmero de árboles muy particulares: le pintaba los bellos jardines de Reinsberg en Prusia, y el hermoso templo de la Amistad, obras de un Rey-Héroe que se halla en los jardines de *Sans-souci*. Este apreciable monumento es de mármol, y encierra el mausoleo de la margrave de Bareith, hermana del rey: estriba sobre unas magníficas columnas, en las que se leen los nombres venerados de los mas célebres amigos de la antigüedad, como son: Theseo y Pirithóo, Oréstes y Píladés, Epaminóndas y Pelópidas, Ciceron y Ático, etc., héroes verdaderamente dignos de vivir para siempre en la memoria de los hombres, porque supieron ser á un tiempo magnánimos y sensibles, y que solo debieron su dicha, su gloria y su fama á la virtud y al poder de la amistad. Escuchaba Delfina estas narraciones con suma atencion: cada dia iba tomando mas afecto á madama Steinhausse; empezaba á conocer el precio de sus consejos, y á veces le rogaba se los diese; deseaba con ánsia complacerla, y era su mayor gusto cuando conocia que aprobaba su conducta.

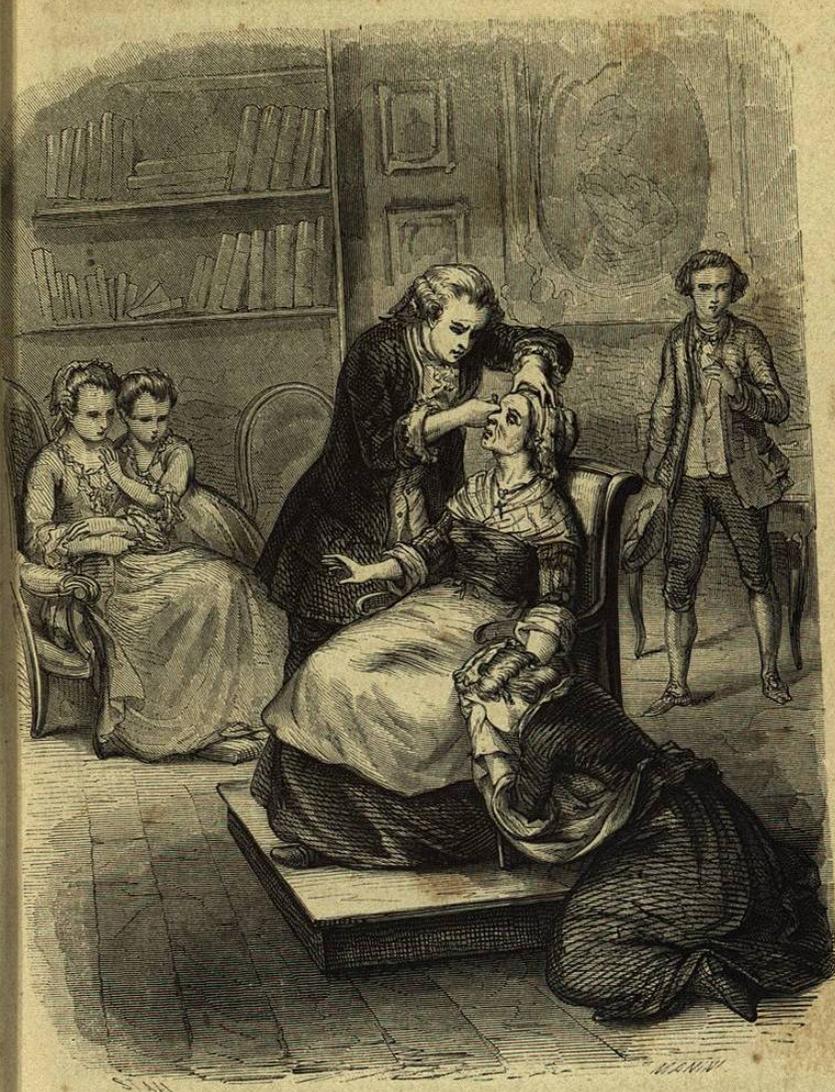
Entre tanto Enriqueta, y por consiguiente Delfina veian con sumo gusto aproximarse el dia en que se debia hacer la operacion de las cataratas á la buena vieja; Simon el rico labrador, mas amante que nunca de Águeda, habia suplicado á madama Steinhausse y á Enriqueta que protegiesen su amor. El haberle despedido Águeda era prueba tan clara del grande afecto que tenia á su abuela, que esto contribuía á hacerla mas preciosa y amable á sus ojos. Madama Steinhausse habia hablado con Águeda, y esta le habia confesado que estimaba mucho al señor Simon...

Pero no obstante, interrumpió Pulqueria, espero que no querrá casarse á ménos que su abuela no recobre la vista. — ¿Lo esperas, preguntó su madre, ó lo juzgas por tí misma?... — No por cierto, mamá, porque entónces hubiera dicho: *estoy cierta*. Oyendo esto la Baronesa Delbi alargó una mano á Pulqueria, que levantándose fué á abrazarla corriendo, como tambien á su madre; la que prosiguió su historia diciendo: Águeda prometió positivamente casarse con Simon si el Doctor curaba á su abuela, y con tal que fuese á

vivir con ellos. Simon aceptó estas condiciones con sumo gusto, y amante tierno de Águeda, dudoso entre la esperanza y el temor, aguardaba con tanta inquietud como impaciencia el día señalado



para la operacion. Llegó en fin este día tan deseado; Delfina pidió y obtuvo permiso para asistir á la operacion. Despues de comer fué á buscar Enriqueta á la pobre ciega para llevarla al gabinete de su padre. Penetrada de agradecimiento la pobre mujer no sabia cómo dar las gracias á su jóven protectora, y apretándola afectuosamente la mano, le decia : que si Dios le volvia la vista tendria tanto gusto en verla á ella como á su nieta. Luego que entraron en el cuarto mandó el Doctor que todos callasen; la abuela se sentó en una silla, y pidió que su nieta y Enriqueta estuviesen á su lado. Simon el labrador, pálido y temblando estaba en pié arrimado á una mesa. Águeda, tapándose la cara con su delantal para no ver la operacion, tenia cogida una mano de su abuela, que regaba con sus lágrimas. Madama Steinhausse y Delfina sentadas á poca distancia enfrente de ellas, contemplaban enternecidas esta interesante escena. Comienza el Doctor la operacion; la buena mujer la sufrió con valor... De improviso dice el Doctor : Ya está hecho; al punto exclama la anciana : ¡ Dios mio, ya no soy ciega ! Águeda, hija mia, que vuelvo á verte ! ¿ Y la señorita Enriqueta dónde está ? Águeda deshecha en llanto



OPÉRACION DE LA CATARATA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

se arroja en sus brazos. Enriqueta fuera de sí de alegría llega corriendo á abrazarla; y el labrador se arroja á los piés de Águeda diciendo: Ya es mía... Enajenada Delfina al ver este tierno espectáculo se precipita en los brazos de Enriqueta, y solo con sus lágrimas puede expresar los dulces sentimientos de ternura que inundan su alma.

Seguramente, interrumpió César llorando, de esta vez será Delfina tan buena como Enriqueta. — Tienes razon, replicó su madre, acabó de conocer Delfina que la nobleza, los diamantes y las joyas no pueden hacernos dichosos, y que sola la bondad puede producirnos felicidad en esta vida. Testigo de la satisfaccion tan pura de que gozaba Enriqueta, y del tierno agradecimiento que la abuela, Águeda y Simon le manifestaban; leyendo en los ojos del Doctor y de su mujer cuán felices se contemplaban por tener una hija tan digna de su amor, envidiaba Delfina la suerte de Enriqueta, y al mismo tiempo sentia aumentarse y arraigarse en su interior la amistad que le tenia. Pasado el primer instante de alborozo y enternecimiento pidió el Doctor á la abuela que señalase el dia del casamiento de su nieta. Se dispuso que Simon casaria con Águeda de allí á tres semanas.

El Doctor y su mujer se encargaron del ajuar y galas de Águeda, y Enriqueta pidió permiso para regalarle una pieza de indiana que su madre le habia dado el dia ántes. En todo lo restante del dia no oyó Delfina sino alabanzas de Enriqueta; la pobre anciana la llamaba su amable protectora, y siempre que daba gracias al Doctor añadia: pero principalmente debo mi dicha á la señorita Enriqueta; ella es la que me ha hecho venir, quien ha hecho se me recibiese en esta casa; de este modo se informa de los que pasan trabajos, los descubre, los envía á buscar y los hace felices... — Á todo esto Águeda besaba las manos de Enriqueta; Simon no podía hablar, pero levantaba los ojos al cielo, y sus miradas expresaban el mas vivo agradecimiento. Todos los criados llenaban de bendiciones á su señorita, y referian otros muchos actos de beneficencia que habia practicado. Madama Steinhause y el Doctor se felicitaban mutuamente de la bondad y virtud de su hija. Recibia Enriqueta estas alabanzas con modestia y ternura, y todas las referia á su madre: Si no fuera por Vd., le decia, por su tierno esmero y cuidado, no disfrutaria yo de estos gustos. ¡Ah mamá! acabe Vd. de corregirme de los defectos

que tengo, para que así sea mas digna de tal madre, y pueda contribuir mejor á su felicidad.

Delfina se aprovechaba de todas estas razones, y por la noche cuando se vió sola con madama Steinhausse, dándole un abrazo y mirándola con ternura le dijo : ¡ Ah Señora ! ¿ Cómo es posible que me haya Vd. podido sufrir hasta ahora, siendo tan distinta de Enriqueta ? ¡ Y qué odiosa le debo de haber parecido !... — Mucho tenemos adelantado cuando conocemos nuestras faltas, contestó madama Steinhausse ; ademas que de algun tiempo á esta parte es Vd. mejor, y todos notan en Vd. esta mudanza casi repentina... — ¡ Pero qué lejos estoy, repuso Delfina, de parecerme á la amable Enriqueta ! Ayer mismo, ¿ no he tenido dos ó tres impaciencias que Vd. ha notado muy bien, y que la han mortificado ? ¿ No he hablado con mal modo á Mariana, y he querido que riñese Vd. á Cató ? Pero á propósito de Cató ; ¿ he pensado jamas en pedirle perdon de la bofetada que le di cuando vine ? ¡ Pobre Cató ! ¿ Cómo es posible que yo la maltratase siendo tan buena ?... Haga Vd. que venga para hacerle conocer lo pesarosa que estoy de haberla ofendido. Al punto llamó madama Steinhausse á Cató, que vino luego. Suplicó Delfina á su ama que le sirviese de intérprete ; y acercándose á Cató con las manecitas cruzadas le pidió perdon con el modo mas natural y expresivo, concluyendo su arenga diciéndole con suma gracia : Y en fin, querida Cató mia, si me perdonas, me has de dejar que te dé un beso en el carrillo mismo en que te di con tanta vileza el bofetón. Enternecida Cató no se atrevia á acercarse por respeto ; pero Delfina arrojándose á ella la abrazó y besó con sumo gusto, porque conocia que solo de este modo podia satisfacerla de la afrenta. Cató se salió del establo limpiándose las lágrimas y diciendo en aleman que Delfina era una señorita verdaderamente amable. Luego que se fué, sacó Delfina de un armario un poco de muselina, diciendo que queria regalársela á Cató. ¿ Y por qué, preguntó madama Steinhausse, no se la ha dado Vd. ahora ? — Porque hubiera pensado que con esto la queria pagar el bofetón, y entónces esta fineza en vez de serle agradable la hubiera ofendido, porque me parece que no se satisface una ofensa con dinero. ¿ No era muy regular que Cató no me perdonase si hubiera conocido que queria satisfacerla con esto ? — Tiene Vd. mucha razon, dijo madama Steinhausse, eso se llama pensar con finura ; conserve Vd. esos sentimientos, pues con ellos

parecerá mayor su generosidad, y dará un realce grandísimo á todos sus procederes.

Al acabar de decir estas palabras madama Steinhausse, trajeron á Delfina una carta de su madre Melita, en que le prevenia le enviase á decir qué juguetes ó cosas eran las que queria que le remitiese. Despues de haber leído esta carta, suspiró Delfina, y rogando á madama Steinhausse le escribiese la respuesta, se la dictó del modo siguiente :

« Querida mamá mia : doy á Vd. mil gracias por su bondad y  
 « favores ; pero ya no me gustan los juguetes ; voy á decir á Vd.,  
 « puesto que me lo manda, lo que al presente me daría mas gusto.  
 « Hay aquí una anciana labradora muy buena y muy pobre ; es  
 « verdad que su nieta está para casarse con un rico labrador ; pero  
 « como este será el que tendrá el dinero, puede ser que no le dé á  
 « la abuela tanto como su nieta quisiera, por lo ménos me lo temo  
 « así, y no obstante desearia que de nada careciese la anciana. La  
 « quiero no solo porque es buena, sino tambien porque es madre.  
 « Conozco que daré siempre con mas gusto á la recomendacion del  
 « nombre de madre que á otra cualquiera. Madama Steinhausse me  
 « ha dicho que con una pension de cincuenta escudos se aseguraria  
 « su fortuna ; por tanto, querida mamá mia, suplico á Vd. que me  
 « envíe, en vez de las chucherías que me ofrece, una pension de  
 « cincuenta escudos, que al instante entregaré á la abuelita. Me  
 « alegrara mucho de darle ademas una pieza de cotonia á fin de que  
 « tenga un vestido nuevo para el dia de la boda de su nieta. Buenas  
 « noches, mamá mia : mi salud se restablece cada dia mas ; debo  
 « mil favores á madama Steinhausse, y estaria del todo contenta  
 « si no me viese privada de la dicha de ver á mi querida mamá ; á lo  
 « ménos tengo su retrato siempre conmigo, cada dia lo beso, salu-  
 « dándolo por mañana y noche, y en esta ocasion sobre todo se me  
 « oprime mas el corazon al pensar que estoy á cinco leguas de Vd. ;  
 « si no fuera por esto no deseara salir de aquí, porque este país es  
 « delicioso, y ademas dicen que este año habrá muchas guindas. Me  
 « hará Vd. el favor de decir á mi aya que le estoy criando un tordo,  
 « no obstante que ha escrito á madama Steinhausse que está cierta  
 « que desde que estoy aquí habré pellizado mas de veinte veces á  
 « Enriqueta ; esto ponía en su carta, y me ha sido muy sensible,  
 « porque si supiera Vd., mamá ¡ qué sumamente mala sería preciso

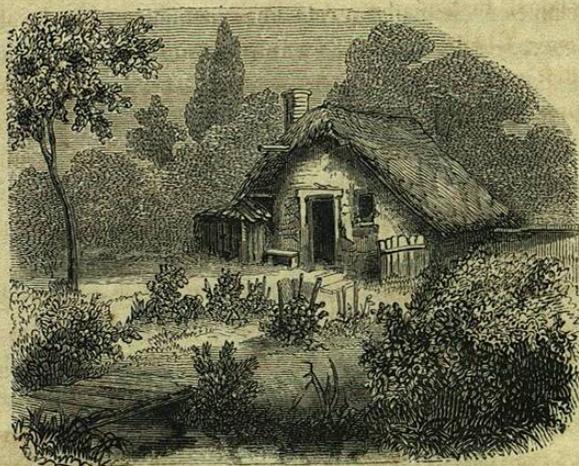
« fuese cualquiera que pellizcase á Enriqueta!... Además que espero  
« no pellizcar á nadie mas en mi vida : á Dios, amable y querida  
« mamá. Su hija que la abraza de todo corazón. — Delfina. »

De allí á dos dias recibió Delfina la respuesta de su madre en los términos mas cariñosos, y en vez de una pension de cincuenta escudos para la anciana labradora, una escritura de trescientas libras, sin olvidar el vestido nuevo para el dia de la boda. Llena de gozo Delfina llevó al instante este regalo á la abuela, que con este aumento de fortuna se vió del todo feliz. Su agradecimiento y el de Águeda, las alabanzas de madama Steinhausse, y las tiernas caricias de Enriqueta hicieron gozar á Delfina una satisfaccion de que hasta este punto solo habia tenido una idea imperfecta, porque para conocer el valor de un placer tan puro es menester haberlo experimentado. Aquella noche preguntó Delfina á madama Steinhausse cuánto le habia costado á Melita la pension de trescientas libras. Mil escudos poco mas ó ménos, respondió madama Steinhausse, porque esta renta solo es vitalicia. — ¿Cómo, replicó Delfina, se puede con mil escudos asegurar su manutencion á una persona que nada tiene?... ¡ Mil escudos! Justamente ese es el precio de mi piocha de diamantes... — Y bien, señorita, dijo madama Steinhausse, ¿ está Vd. muy contenta con su piocha? — No por cierto, respondió Delfina, muchísimo mas me gusta una rosa; y cuando pienso que con mil escudos se puede sacar para siempre de miseria á un desdichado sin otro recurso, no comprendo como hay quien tenga la locura de comprar diamantes, y abomino aquella piocha tan cara, tan pesada y que me incomoda tanto cuando me la pongo.

Dos dias despues de esta conversacion se hicieron las bodas de Águeda y Simon en casa del Doctor. Se pusieron las mesas en el jardin, debajo de la sombra que formaban los nogales plantados sin orden, sobre un hermoso tapete de céspedes esmaltados de sérpoles y violetas : unos treinta labradores de las cercanías, que habian sido convidados, se sentaron á las mesas, y madama Steinhausse cuidó de la de los novios. Acabada la comida se bailó en el jardin hasta la noche, y Delfina participando de la comun alegría decia á madama Steinhausse : Nunca me han divertido mucho los bailes de Paris ; pero de aquí adelante me serán del todo fastidiosos. — Es cierto que las verdaderas diversiones solo se hallan en el campo, y cuando una vez se ha disfrutado de ellas, todas las que las ciudades pueden

dar de sí, parecen tan insípidas como molestas y llenas de alboroto.

Llegó el mes de Julio, y entónces le pareció á Delfina el campo mucho mas hermoso : daba largos paseos por los prados y huertas, y algunas veces se paseaba en las noches de luna con madama Steinhausse y Enriqueta. Además, como ya le era gustosa la ocupacion, no estaba ni un instante ociosa, leia, escribia, hacia labor, aprendia de Enriqueta á dibujar flores y á secar plantas, de cuyos nombres y virtudes se informaba menudamente ; invertia en buenas obras el dinero que Melita le enviaba todos los meses para su bolsillo. Adorada de todos los que la trataban, y contenta de sí misma, cada dia se figuraba que iba en aumento su felicidad : ya no se veia en su rostro aquella languidez y abatimiento que por tanto tiempo habian alterado su hermosura ; sus ojos estaban llenos de viveza y expresion : habia recobrado todas las gracias de la juventud, y sabiendo igualmente andar bien, correr y saltar, habia adquirido en cuatro meses mas gracia, donaire y agilidad que la que los maestros de baile le hubieran podido enseñar en cuatro años.



Á principios de Agosto le dijo el Doctor que podia salir de su establo, y al punto la condujeron á un cuartito muy gracioso, que de intento se habia preparado para ella. Grande fué el gusto que recibió Delfina al verse en esta habitacion, cuyas vistas eran tan agradables como sus conveniencias á propósito para ella : las ven-

tanas daban sobre un valle, cuya vista amena, y la limpieza de todo el cuarto y de sus muebles la encantaba. Explíqueme Vd., decia á madama Steinhausse, ¿ por qué este cuartito me parece tan hermoso, y por qué me disgustaba tanto el que tenia en Paris, no obstante que era mucho mayor y mas adornado que este? — Primeramente su habitacion de Vd. en Paris daba sobre un miserable jardinillo rodeado de altas paredes; ademas, ántes de venir aquí, solo habia Vd. disfrutado de los falsos gustos que ofrecen la vanidad, el lujo y el gran mundo; gustos que como solo existen en la aprehension, con facilidad nos cansan, y en efecto la disgustaban; y no conociendo los verdaderos y sólidos se consumia de tristeza: tal era su situacion. Habia Vd. vivido con demasiada abundancia para poder apreciar las conveniencias y gustos que una decente medianía puede procurarnos; de nada disfrutaba con gusto, porque nada le quedaba que desear. Las cosas mas gratas se nos hacen insípidas y enfadosas si no nos valemos de la razon para usar con moderacion de ellas; pondré un ejemplo: es Vd. muy amiga de flores, y la he visto buscar con particular distincion y gusto la violeta; ¿ por qué, pues, esta inclinacion particular á esta flor, inclinacion que le es á Vd. comun con todos los niños? La razon es que la violeta está oculta



entre sus hojas; que es ménos comun que el tomillo, y que es menester buscarla. Si estuviese esparcida en los campos con suma abundancia, y si las hallase Vd. á cada paso, dejaria de tenerles

inclinacion, no haciendo de ellas mas caso que de un césped. Las producciones del arte son sin duda alguna inferiores á las de la naturaleza; es, pues, mucho mas fácil que aquellas nos fastidien, no obstante tienen su mérito, ofrecen varios placeres, pero estos solo los disfrutan los que usan de ellas con moderacion. Si Vd. llena su casa y su cuarto de porcelanas, á pocos dias se verá disgustada de ellas; si va Vd. todos los dias á las comedias, en vez de recrearla le serán enfadosas; si se detiene Vd. mucho en la comida, si en ella solo prueba manjares exquisitos, llegará tiempo en que coma sin ganas, y por consiguiente sin gusto. Del mismo modo sucede con todas las cosas de que abusamos: queriendo satisfacer completamente nuestros deseos, los destruimos. Acuérdesse Vd., pues, que el exceso de las cosas superfluas léjos de contribuir á nuestra dicha, la arruina enteramente; piense Vd. que el lujo solo deslumbra á los necios, y no produce ningun gusto verdadero; nada hay mas incómodo que la magnificencia; los pendientes de diamantes desgarran las orejas; un vestido cargado de oro abrumba el cuerpo y despelleja las manos; las joyas y los adornos preciosos imponen mil sujeciones, porque se siente infinito romper un par de vueltas de punto, ó hacer pedazos una caja primorosa. Si ayer hubiéra Vd. llevado un delantal guarnecido de encajes no hubiera cogido tantas rosas silvestres entre los zarzales, en donde se dejó la mitad del vestido, y no hubiera Vd. vuelto tan alegre y contenta de su paseo. La magnificencia en los muebles no es ménos engorrosa; yo por mí quisiera cien veces mas habitar para siempre en el establo que Vd. acaba de dejar, que en aquellas brillantes habitaciones, en donde se ve precisada la gente á manejarse con suma precaucion por el temor de romper algun cristal, ó echar á perder algun dorado exquisito, ó bien derribar una primorosa rinconera cubierta de ricas piezas de china y porcelana. ¡ Qué lástima tengo á los de que este modo se hacen esclavos de sus riquezas! La vanidad que los ciega podria, bien dirigida, enseñarles los verdaderos medios de obtener la consideracion á que aspiran. En vez de ostentar tanto fausto ¿ por qué no practican obras de beneficencia? — Es cierto, interrumpió Delfina, y se harian amar generalmente, pero ademas, ¿ es posible que haya quien no encuentre sumo placer en hacer bien? ¿ existirá acaso alguna alma tan cruel que sea insensible á la felicidad de los otros? — Esa inhumana dureza, replicó madama Steinhausse, no es natural; pero á cual-

quiera que dé rienda suelta á sus ideas gastando todo su dinero en vanas superfluidades, se le apoca el espíritu, el corazón se le endurece, y al fin acaba corrompiéndose del todo. — ¡Ah! exclamó Delfina, cualesquiera que sean mis conveniencias jamas me corromperán; procuraré ser moderada, me acordaré de la tristeza y tedio que he experimentado en medio de la mayor abundancia; tendré presente que me ha sido preciso pasar cuatro meses en un establo para estar en estado de apreciar alguna de las cosas de que estaba fastidiada; y sobre todo, jamas olvidaré que existen pobres desdichados, y que el gozo que se recibe socorriéndolos es el mayor y mas puro que se puede tener en esta vida. Esta conversacion se concluyó con las mas tiernas expresiones de agradecimiento de Delfina á madama Steinhausse, que en efecto habia adquirido derecho á ellas por haberle enseñado á raciocinar, á pensar y á sentir.

Aun estuvo Delfina dos meses en casa del Doctor, en los que acabó de perfeccionar su genio y fortificar su salud. En fin, á principios del mes de Octubre tuvo el consuelo de ver á su madre... Melita la recibió con el extremo de alegría que se deja imaginar :



apénas podía conocerla ; habia Delfina crecido mucho, aunque en poco tiempo ; habia también engordado, y tenia los mas bellos colores. Creyendo Melita apénas lo que estaba viendo, la miraba, la estrechaba entre sus brazos, queria hablarle, y solo con lágrimas

podia dar á entender el extremo de su regocijo. Algun tiempo estuvo contemplando madama Steinhausse esta escena tan tierna, pero al fin tomando la palabra dijo á Melita : Vd., señora, me la ha entregado medio muerta, y se la vuelvo con toda la fuerza de la salud mas robusta, y lo que es mas, se la entrego á Vd. buena, dócil, igual, compasiva, razonable y digna de hacer dichosa á su madre. No obstante es tan jóven, y está tan poco perfeccionada, que á ménos de ciertas precauciones es de temer que tenga alguna recaída, y si Vd. quiere precaverla este es el régimen que debe seguir ; no es riguroso, pero es necesario... — Yo le prometo á Vd., dijo Melita, que le siga puntualmente, démele Vd., continuó tomando un papel que le presentaba madama Steinhausse, y abriéndolo leyó en voz alta lo que sigue :

RECETA DEL DOCTOR STEINHAUSSE PARA LA SEÑORITA DELFINA.

« Deberá pasar seis meses del año en el campo : irá muy pocas veces á los teatros cuando esté en Paris : hará mucho ejercicio á pié, aun en el invierno : sus almuerzos y meriendas solo serán de pan seco, excepto en el tiempo en que haya fruta : usará de los vestidos mas sencillos, porque son los mas cómodos y ligeros.

« Para preservarla de la melancolía se le darán libros instructivos y curiosos : no se le permitirá estar ociosa ni un instante ; y si experimentase por casualidad algun humor melancólico se le recordará la historia de la abuela de Águeda, y el bien que hizo á esta pobre anciana. Siguiendo este método y régimen conservará esta señorita la salud, la alegría y la dicha de que en la actualidad disfruta. »

Melita aprobó en un todo este régimen ; aseguró que lo seguiría exactamente, y manifestó el mas vivo agradecimiento á madama Steinhausse. Al año siguiente compró una casa en el valle de Montmorency, inmediata á la de esta señora, á quien conservó Delfina toda su vida el cariño y respecto que le debia, y la amistad mas tierna para con Enriqueta. Se fué haciendo amabilisima en extremo, adquirió instruccion y talentos, y se vió admirada y querida de todos los que la conocian. Su madre la buscó un marido digno de ella, que haciéndola feliz, lo fueron entrambos hasta la muerte.